

## Filosofando

### Ser referido al Misterio

Luis Armando Aguilar Sahagún

#### Decir a los hombres algo esencial

“Ocurre hoy que, si uno se ocupa con la filosofía académica y busca confrontar sus pensamientos con todas las opiniones y corrientes que se encuentran en la historia de la filosofía no llega uno a ninguna rama verde, es decir a ninguna opinión decisiva o bien, cae en preguntas que en último término carecen de importancia. La filosofía que se presenta con pretensiones de carácter científico disciplinar se convierte en una filosofía existencialmente vacía e ineficiente. Al girar en torno a sí misma ya no es capaz de avanzar”. Así se expresaba el teólogo y filósofo alemán Karl Rahner (1904-1984), uno de los más grandes teólogos católicos del Siglo XX. Ya sea en el campo de la filosofía o, de la teología - pensaba el teólogo alemán -, el hombre tiene el derecho y la obligación de expresar sus convicciones sin que por ello tenga que reflexionarlas hasta el último detalle y traducirlas en ciencia.

En este texto, Rahner expresa su lamento acerca de que para él, como para otros, se ha vuelto imposible ejercer la filosofía en forma estrictamente científica. La elaboración científica de todos los detalles de la investigación rebasa las fuerzas y las capacidades de un solo hombre. Ésta es la manera en que se filosofa en nuestro tiempo y que tiene por consecuencia el que uno ya no se atreva a hacer verdaderos pronunciamientos y decirles a los hombres algo esencial. Para Rahner, era decisivo que tanto la filosofía como la teología logaran decir al hombre de hoy algo significativo y decisivo. De otro modo, carecen de justificación.

#### La teología y la comprensión del hombre

Rahner consideraba que la tarea de la teología consiste en exponer el saber de la fe como una unidad en su conjunto y mostrar que esto sólo es posible cuando se penetra intelectualmente en lo que esa fe dice y quiere decir en relación con el conocimiento que el hombre tiene de sí mismo. El hombre puede tener un conocimiento indirecto de sí mismo como ser-que-sabe. De alguna manera, a todos los hombres nos es conocido implícitamente la condición que hace posible que seamos seres pensantes, capaces de decisiones verdaderamente libres, abiertos a la trascendencia, en una palabra, seres espirituales en el mundo. Tenemos un conocimiento no objetivo, implícito, de Dios. Pero este conocimiento representa en cierta medida solamente el trasfondo no expresado de nuestra conciencia y requiere de modos en que se vuelva explícito y reconocible para nuestra mente.

#### El ser referido al misterio

La autoconsciencia subjetiva, implícita, dada, necesaria de la persona es una “experiencia” de la “trascendencia”. De ella, sólo se puede hablar indirectamente. El saber sobre Dios dado en esa experiencia no es un saber del tipo “captar” que siempre es temático, referido a objetos, sino más bien de un *saber sobre el saberse referido a...* En este sentido, la experiencia de

Dios puede ser – y es - lo más evidente en el hombre. Porque el saber de las ciencias particulares es como una pequeña isla en el océano.

El hombre religioso es el hombre que se propone consciente o inconsciente la pregunta por el preguntar, por el pensar y por la trascendencia, y que no se limita a preguntar por aquello que puede ser comprendido con conceptos en su más honda experiencia. La pregunta religiosa es la pregunta por el ser mismo del hombre como sujeto abierto a la trascendencia. El hombre vive inmerso en el misterio inabarcable. Si se prescinde de su relación con la divinidad, todas las demás cosas, como meros hechos o datos, carecen de “*misteriosidad*”, mientras que la divinidad permanece misterio por siempre.

### **Misterio de Dios y mistagogía**

“Sólo existe y puede existir un único misterio absoluto en el sentido más estricto de la palabra, Dios mismo”. La incomprendibilidad no es una más entre otras afirmaciones sobre Dios, sino la cualidad de las cualidades. De ahí la necesidad de una “mistagogía”, una *conducción o encaminamiento del hombre hacia el “misterio”* – Dios - en el que vive inmerso, que le constituye y le desborda. Mediante esa mistagogía se accedería al conocimiento y experiencia “de que el fundamento del hombre es lo insondable: que Dios es esencialmente el incomprendible; que su incomprendibilidad aumenta, y no disminuye cuanto más correctamente se entiende a Dios”. Se trata de una paulatina toma de conciencia tanto teórica como existencial, de Dios como misterio, que está en el fondo de lo íntimo de toda la realidad, particularmente ser humano y su capacidad de pensar y de actuar. Si se logra acceder vivencialmente a esta mistagogía, el hombre accede a la experiencia de la relación que desde siempre mantiene con el misterio absoluto denominado “Dios”. De ser así, piensa Rahner, no sería difícil hacer explícito, desde el punto de vista teórico, dicha relación. Rahner mismo describe la experiencia de Dios en una diversidad de modalidades, como experiencia del vacío, de las tinieblas, de un desierto, de un “no entender”, o también de la “alegría que ya no tiene nombre”. Ni siquiera una prueba concluyente de la existencia de Dios nos dice lo fundamental: si Dios, como factor de máxima importancia en una vida humana, tiene alguna relación directa con el hombre y, en caso afirmativo, qué clase de relación.

### **Experiencias de la trascendencia**

La peculiaridad del hombre es el hecho de que “sepa de su *origen* radical”. El hombre ha de ser entendido como el ser de la trascendencia. Rahner niega el carácter de la mera finitud del ser humano, y lo caracteriza como “aquél a quien la infinitud indisponible y silenciosa de la realidad lo destina permanentemente como misterio”. Por otra parte, el “misterio” no es algo ajeno a las profundidades del ser humano. Forma parte, más bien, de lo más específico del conocimiento humano que, en su raíz espiritual, está más allá de lo limitado y definible. La trascendencia y el misterio de Dios se convierten en algo íntimo o “natural” para el espíritu humano. “El misterio se muestra, así como la condición de posibilidad de lo no misterioso. La relación del hombre con el misterio es dato primero y último de su ser, cuyo ser trascendente es experimentado implícitamente, sin que pueda ser deducida de otro dato. El misterio es, por tanto, lo único realmente evidente”.

¿Cómo explicar la “confianza radical” siempre viva en el corazón del hombre, esa persuasión íntima de que, a pesar de las cosas más oscuras, todo acabará bien? La respuesta de Rahner es: incluso donde no se conoce o acepta el cristianismo, actúa la gracia de Dios, derramando esperanza y confianza radical; ahí está Dios y su gracia liberadora. Es esta una experiencia ineludible en nuestra vida, aun cuando se reprima; es una oferta de nuestra libertad que nos pone ante la opción de aceptar esa gracia o de atrincherarnos contra ella en un infierno de la propia libertad al que nosotros mismos nos condenamos”.

La experiencia de Dios puede ser implícita. El siguiente texto resulta muy aleccionador al respecto: “He ahí a un hombre a quien se le han embrollado las cuentas de su vida; no logra conciliar las partidas de un balance de actos de buena voluntad, errores, culpas, fatalidades, ni siquiera tratando de añadir una partida más, algo que a menudo le pareció imposible: el arrepentimiento. La cuenta no le sale y no sabe cómo introducir en ella a Dios, la única partida capaz de equilibrar el deber y el haber. Y este hombre, con su balance confuso se entrega a Dios o – a la vez más inexacta y exactamente - a la esperanza de una suprema e incalculable reconciliación de su existencia en la que mora ese ser a quien llamamos Dios; confiado y lleno de esperanza se confía por entero sin más reflexión ni cálculo, ignorando cómo sucede ese milagro que ni siquiera puede disfrutar ni hacer suyo como si fuera su propiedad personal. He ahí a un hombre que de repente descubre que puede perdonar, aunque por ello no reciba recompensa alguna y que admite como evidente el perdón silencioso de la otra parte. He ahí un hombre que intenta amar a Dios, aunque de su mudo misterio no parece llegar ninguna respuesta; aunque no le arrastra ya ninguna ola de cálido entusiasmo; aunque no puede ya confundirse a sí mismo y su impulso vital con Dios, aunque en ese amor se ve morir, porque se le presenta bajo los rasgos de la muerte y de la negación absoluta, porque con tal amor parece que se clama en el vacío, en un abismo sin eco, porque es como un horrible salto en el caos, porque todo en él se vuelve incomprensible y sin sentido. He ahí a un hombre que cumple con su deber pese a la acuciante sensación de negarse a sí mismo y aniquilarse, de cometer una solemne necedad que nadie la va a agradecer. He ahí a un hombre” que hace el bien a otro, sin que en éste vibre una sola nota de comprensión o gratitud, sin que ese bien ni siquiera redunde en la pequeña satisfacción de sentirse altruista, honrado, etc. He ahí a un hombre sumido en la más total de las soledades; que contempla impotente cómo palidecen y se esfuman los colores de su vida, cómo lo “tangible y seguro” se le escapa de las manos para perderse en una lejanía sin fin; y que, en vez de huir cobardemente de esa soledad experimentada como al instante último de quien está a punto de ahogarse, la afronta sereno, entregándose a una suprema esperanza”.

En todas estas experiencias, es Dios quien hace posible esas acciones concretas, que va más allá de lo humanamente posible. Si el hombre se entiende a sí mismo adecuadamente, entonces no puede ser pensado sin Dios. En una época como la actual, fuertemente condicionada por una mentalidad positivista y pragmática, se hace necesaria una iniciación del hombre entero en la experiencia de Dios como misterio.